

á su hija, y dejándome lleno de asombro con Lad. Ives, la cual daba visibles muestras de turbacion. Creí que iria á reconvenirme por una inclinacion de que yo no le habia dicho una palabra, pero que ella podia fácilmente haber descubierto. Mirábame ruborizada y con los ojos bajos, en actitud tan seductora, que seguramente no existe ningun sentimiento que en aquel instante no hubiera podido ella reclamar para sí misma. Venciendo por fin el obstáculo que le impedía el habla:—«Caballero, me dijo en inglés: ya veis mi confusion; no sé si Carlota os agrada; pero es imposible engañar á una madre; mi hija os tiene indudablemente cariño. Mr. Ives y yo hemos conferenciado sobre esto; nos convenís por todos conceptos, y creemos que hareis feliz á nuestra hija. Os hallais sin patria, acabais de perder vuestros parientes, y han sido vendidos vuestros bienes; ningun motivo, pues, os llama á Francia. Hasta tanto que recojais nuestra herencia, podreis vivir con nosotros.»

De cuantas aflicciones habia yo sufrido hasta entonces, aquella fue la mayor y la mas viva. Caí de rodillas á los piés de Lad. Ives, y cubrí sus manos de besos y lágrimas. Creyendo ella que mi llanto era de júbilo, empezó tambien á sollozar de gozo, y alargó el brazo para tirar de la campanilla. Ya llamaba á voces á su esposo y á su hija.—«¡Deteneos, exclamé; estoy casado!» A estas palabras perdió el sentido.

Sali de la estancia, y sin volver siquiera á mi cuarto, emprendí mi viaje á pié. En Beccles tomé el correo para Londres, despues de escribir á Lad. Ives una carta, de la cual siento ahora no haber guardado copia.

Quédame de este suceso el recuerdo mas dulce, mas tierno, mas impregnado en sentimientos de gratitud. La familia de Mr. Ives es la única que me ha querido bien, y que me ha acogido con verdadero afecto antes de mi celebridad. Pobre, oscuro, proscrito, privado de seducciones y de belleza, se me ofrecieron de pronto un porvenir seguro, una patria, una esposa encantadora que me sacase de mi aislamiento; una madre, casi tan hermosa como ella, que hiciera las veces de mi anciana madre; un padre instruido, afectuoso y amigo de las letras, para reemplazar al padre de que me habia privado el cielo. ¿Y con qué compensaba yo todo esto? En la preferencia que se me otorgaba no podia influir ilusion ninguna, y debo creer que la dictaba el amor. Desde entonces solo otra vez he sido objeto de un afecto bastante elevado para inspirarme igual confianza. Por lo que hace al interés con que al parecer se me ha mirado luego, nunca he podido averiguar si se fundaba ó no en el barniz de causas externas, en el atronador extruendo de la fama, la prestada pompa de los partidos, ó el brillo propio de toda alta posicion, política ó literaria.

Pasando ahora á otras consideraciones, mi matrimonio con Carlota hubiera alterado completamente mi destino en el mundo: perdido en un condado de la Gran-Bretaña, hubiérame convertido en un *gentleman* cazador, nunca habria brotado una sola palabra de mi pluma, y hasta se me hubiera olvidado mi lengua, porque á la sazón escribia yo en inglés, y con forma inglesa comenzaban las ideas á presentarse en mi mente. ¿Hubiera perdido mucho mi patria con mi desaparicion? Si me fuera dable prescindir de los momentos que me han servido de consuelo, diria que en lugar de los dias agitados que me han cabido en suerte, contaria hoy numerosos dias de calma. ¿Qué me importaran entonces el imperio, la restauracion, las divisiones y las luchas de Francia? Nadie me hubiera obligado una y otra mañana á paliar faltas, á combatir errores... ¿Será ó no cierto que tengo un talento positivo, y que ha merecido este talento el sacrificio de mi vida? ¿Iré mas allá de mi tumba? Y si voy, ¿habrá en medio de la

transformacion que se está verificando, y en un mundo que no es el mio y que piensa en cosas harto distintas, habrá en ese mundo un público que me oiga? ¿No pasaré por un hombre de otros siglos, incomprendible para las generaciones presentes? ¿No serán mis ideas, mis sentimientos y hasta mi estilo cosas cansadas y envejecidas para la desdeñosa posteridad? ¿Podrá mi sombra decir, como la de Virgilio á Dante: *Poeta fui et cantai*, «fui poeta y canté?...»

VUELTA Á LONDRES.

No encontré mi perdida tranquilidad en Londres, adonde volví prófugo de mi destino, como un malhechor de su crimen. ¿Cuán dolorosa debia haber sido para una familia tan digna de mis homenajes, de mi respeto y de mi gratitud, el recibir aquella especie de desaire del hombre desconocido á quien habia ella acogido y franqueado nuevos hogares, con una sencillez y una falta de recelo y precauciones, propias solo de las costumbres patriarcales! Figurábame la pesadumbre de Carlota y las justas reconvenciones que su familia podia y debia dirigirme; porque yo, en suma, me habia abandonado con cierto deleite á una inclinacion de cuya insuperable ilegitimidad estaba convencido. ¿Traté por ventura, vagamente, de llevar á cabo una seduccion, sin darme cuenta de mi vituperable conducta? En este caso, ya fuera que me detuviere, como lo hice, por no faltar á la honradez, ya que salvara el obstáculo para abandonarme á una propension antipadamente mancillada por mi conducta, el objeto de aquella seduccion estaba predestinado al dolor ó al arrepentimiento, solo por mi culpa.

De tan amargas reflexiones pasaba mi espíritu á otro orden de ideas, no menos llenas de amargura, y maldicia mis bodas, que segun la falsa luz de mi entendimiento, muy enfermo á la sazón, me habian apartado de mi verdadero camino y me privaban de la felicidad. No advertia que, por razon de mi naturaleza irritable y de las novelescas nociones de libertad que profesaba, mi enlace con Miss Ives hubiera sido para mí tan penoso como cualquier otra union mas independiente.

Una sola cosa se conservaba pura y hechicera, aunque triste, en mi mente: la imagen de Carlota, la cual siempre calmaba al fin mi irritacion contra la suerte. Cien veces tuve impulsos de volver á Bungay, no para presentarme á aquella alligida familia, sino para ver pasar á Carlota, escondido junto á un camino; para seguirla al templo en que adorábamos al mismo Dios, ya que no en el mismo altar; para ofrecer á aquella mujer el indescriptible ardor de mis votos, haciéndolos atravesar el cielo; para pronunciar, mentalmente al menos, la plegaria de la bendicion nupcial que hubiera yo podido oír de boca de algun ministro de aquel templo.

«¡Oh, Dios mio! unid, si os place, los espíritus de estos esposos é inspirad á sus corazones una sincera amistad. Mirad con favorables ojos á vuestra sierva; haced que su yugo sea un yugo de amor y de paz, y que obtenga en su seno una fecundidad venturosa; haced, Señor, que estos dos esposos vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y que alcancen una ancianidad feliz.»

Pasando de resolucion en resolucion, escribí á Carlota largas epístolas, que desgarré en seguida. Algunas esquelas insignificantes suyas me servian de talisman: la tierna y graciosa Carlota se apegaba á mis pasos por obra de mi pensamiento, y me seguia, purificándolos, por los senderos de la siltide. Ella absorbía todas mis facultades; ella era el centro á que tendia y por donde circulaba mi inteligencia, como la sangre por el corazon; ella me hastiaba de todo, sirviéndome de objeto de una comparacion perpetua que redundaba en ventaja suya. Una pasion verdadera é infeliz es una

ponzoñosa levadura que queda en el fondo del alma, y que bastaria para dañar el pan de los ángeles.

Los sitios que con Carlota habia recorrido; las horas pasadas con ella; las palabras que entre nosotros habian mediado, vivian eternamente en mi memoria: parecíame ver la sonrisa de aquella esposa que el destino quiso depararme, y ora tocaba respetuosamente sus negros cabellos, ora oprimia sus mórbidos brazos contra mi pecho, como una cadena de lirios ceñida á mi cuello. No bien llegaba á un sitio desierto, cuando la Carlota de blancas manos acudia á ponerse á mi lado, adivinando yo su presencia, como por la noche se respira el perfume de las flores, aunque no las distingue la vista.

Privado de la compañía de Hingant, hallábame en completa libertad de llevar la imagen de Carlota á mis paseos, mas solitarios que nunca. No hay un matorral, un camino ni una iglesia á treinta millas de Londres, que no haya yo visitado. Los sitios mas incultos, cualquier erial de ortigas, cualquier zanja cubierta de cardos, cualquier lugar desdeñado de los hombres, eran mis sitios predilectos; en ellos respiraba ya Byron. Apoyada la cabeza en una mano, pasaba las horas contemplando aquellos lugares de todos despreciados, y si su aspecto afflictivo me conmovia con exceso, alzábame en mi mente el recuerdo de Carlota y me llenaba de delicias, cuales las de aquel peregrino que al llegar frente á los peñascos del Sinaí oyó el canto de un ruiseñor en medio de las soledades.

En Londres estaban todos asombrados con mi conducta; no miraba ni hablaba con nadie, ni entendia lo que me decian; mis camaradas antiguos creyeron que tenia una especie de locura.

ENCUENTRO EXTRAORDINARIO.

¿Qué pasó en Bungay despues de mi partida? ¿Qué fue de aquella familia á cuyo seno llevé yo el júbilo y la tristeza?

Recuerde, por supuesto, el lector, que soy embajador cerca de Jorge IV, y que escribo en Londres, en 1822, lo que me sucedia en Londres en 1795.

Algunos negocios me forzaron hace ocho dias á suspender la narracion que hoy continúo. Durante este intervalo, llegé mi ayuda de cámara cierta mañana, entre doce y una, á anunciarme que se habia parado un carruaje á la puerta, y que una señora inglesa solicitaba hablarme. Como en virtud de mi posicion pública me he impuesto el deber de no negarme á nadie, respondí que podia pasar adelante aquella señora.

Hallábame á la sazón en mi gabinete; anunciaban á lady Sulton, y veo entrar una mujer vestida de luto, acompañada de dos agraciados muchachos, de luto tambien; el uno podia tener diez y seis años y el otro catorce. Notando que la desconocida estaba tan conmovida que apenas podia andar, me acerqué á ella; entonces me dijo con voz alterada:—*¡Mylord, do you remember me? (¿Me conoceis?)* ¡Si, conocí á miss Ives! Los años, al pasar sobre su cabeza, la habian dejado solo sus primaveras. La tomé por la mano, hícela sentarse, y me coloqué á su lado; no acertaba á decirle una palabra; mis ojos estaban cargados de lágrimas, al través de las cuales la contemplaba silenciosamente: por lo que entonces sentí, conocí que la habia amado profundamente. Por fin pude preguntarla como ella antes á mí:—«¿Y vos, me conoceis?» Alzó entonces los ojos, que tenia fijos en el suelo, y me dirigió una mirada risueña y melancólica á la par, como un intenso recuerdo. Su mano seguia sujeta entre las mias. Luego me dijo Carlota:—«Llevo el luto de mi madre; mi padre murió hace muchos años; estos son mis hijos.» Y al pronunciar las últimas palabras, retiró su mano y se recostó en su sillón, cubriéndose los ojos con su pañuelo.

Poco despues prosiguió:—Milord, ahora os hablo en el idioma que quise aprender con vos en Bungay. Perdonad mi confusion. Mis dos niños son hijos del almirante Sulton, con quien me casé tres años despues que salisteis de Inglaterra. Pero hoy no tengo las fuerzas necesarias para entrar en pormenores. Permittedme que vuelva otro dia.» Le pedí sus señas, ofreciéndole el brazo para acompañarla hasta su carruaje; noté que temblaba, y estreché su mano sobre mi corazon.

Al otro dia fui á casa de lady Sulton, á quien encontré sola. Entonces comenzó esa serie de *¿os acordais?* que dan nuevo ser á toda una vida. Al pronunciar cada *¿os acordais?* nos mirábamos como buscando en nuestro rostro las huellas del tiempo que tan cruelmente marcan la distancia del punto de partida y el camino recorrido.—«¿Cómo, pregunté á Carlota; cómo os anunció vuestra madre?...» Ruborizóse ella, y me atajó vivamente, diciendo:—«He venido á Londres para suplicaros que os intereseis por los hijos del almirante Sulton; el mayor desearia pasar á Bombay, y como Mr. Canning, nuevo gobernador de las Indias, es amigo vuestro, pudiera llevarlo consigo. Mucho os lo agradecería; tendria gusto en deberos la felicidad de mi primer hijo.» Y recalco estas últimas palabras.

—«¡Ah señora! le respondí. ¿Qué me recordais? ¿Qué trastorno en nuestra suerte! ¿Vos que acogisteis en la mesa hospitalaria de vuestro padre á un pobre desterrado, que no mirásteis con desden sus padecimientos, que tal vez pensásteis en elevarlo hasta una posicion gloriosa é inesperada, vos reclamais hoy su proteccion en vuestro propio país?... Veré á Mr. Canning, y vuestro hijo, por mucho que me cueste darle este nombre, irá á las Indias, si de mí depende. Pero, decidme, señora; ¿qué efectos obra sobre vos mi nueva posicion, ó cómo me mirais? La palabra *milord* de que os valeis para hablarme me parece harto dura.»

—«Ni os encuentro desfigurado, replicó Carlota, ni siquiera mas envejecido. Siempre que hablé de vos con mis padres, durante vuestra ausencia, os di el título de milord, porque creia que debíais llevarlo; ¡y no erais para mí como un marido, *mylord and master*, mi señor y dueño?» Aquella encantadora mujer tenia algo de la Eva de Milton al pronunciar estas palabras; no habia salido del vientre de otra mortal, y su belleza conservaba la impresion de la mano divina que la formara.

De allí corrí á casa de Mr. Canning y de lord Londonderry, los cuales me opusieron dificultades para un mezquino empleo, ni mas ni menos que en Francia; pero me hicieron promesas, como en todas las cortes. Dí cuenta de mi visita á lady Sulton, y volví tres veces á verla; á la cuarta me anunció que iba á regresar á Bungay. Esta última entrevista fue muy dolorosa para mí. Carlota me habló, como acostumbra, de lo pasado, de nuestra vida secreta, nuestras lecturas, paseos y cantos, de las flores y de las esperanzas antiguas.—«Cuando yo os conocí, decia, nadie pronunciaba vuestro nombre: ¿quién lo ignora hoy? ¿Sabeis que poseo una obra y varias cartas escritas por vuestra mano? Aquí están.» Y me entregó un paquete de papeles. «No os agraviéis porque no quiero conservar nada vuestro,» añadió llorando. *¡Farewell, farewell!* exclamó luego; no os olvideis de mi hijo. Nunca os volveré á ver, porque seguramente no ireis á buscarme á Bungay.—Iré, respondí; iré á llevaros el despacho de vuestro hijo.» Carlota meneó la cabeza como dudándolo, y se retiró.

De vuelta en la embajada, me encerré en mi cuarto y abrí el paquete, el cual solo contenia algunas cartas insignificantes y un plan de estudios, con observaciones sobre los poetas ingleses é italianos. Esperaba yo que acompañase á estos papeles una carta de Carlota, pero no la hallé; habia únicamen-

te algunas notas marginales en el manuscrito, escritas en inglés, francés y latín, y cuya tinta pasada y letra juvenil indicaban su antigüedad.

Esta es mi historia con Miss Ives. Al concluir de referirla parece que por segunda vez pierdo á Carlota, aquí, en la misma isla en que la perdí la primera. Pero desde lo que ahora siento hasta lo que sentía en aquellas horas, cuyo dulce recuerdo he invocado, media todo el espacio de la inocencia; las pasiones se han atravesado entre Miss Ives y Lady Sulton. Ya no puedo ofrecer á ninguna mujer candorosa los castos deseos, la apacible ignorancia de ese amor que no pasa los límites de un celestial ensueño. Escribía yo entonces con la vaguedad de la tristeza, y hoy ya no tiene la vida vaguedad para mí. Y á pesar de todo, si estrechara en mis brazos esposa y madre, á la que pude estrechar virgen y esposa, lo haría con una especie de rabia, anhelando marchitar llenar de duelo y ahogar frenético esos veinte y siete años dados á otro después que á mí se me ofrecieron.

Debó considerar el sentimiento que acabo de describir como el primero de su especie que penetró en mi corazón; pero no era compatible con mi naturaleza indómita, la cual le hubiera corrompido, incapaciándome de saborear por largo tiempo sus santos deleites. Irritado por la adversidad, peregrino ya en ultramar, y habiendo dado principio á mi solitario viaje, justamente me asediaban entonces las ideas de locura, expresadas en la misteriosa historia de René, y merced á las cuales fui el ser mas atormentado que hubo nunca en la tierra. De todos modos, la casta imagen de Carlota, que envió á lo profundo de mi alma algunos rayos de luz verdadera, dispuso por el pronto una nube de fantasmas, y mi duende se sumergió como un mal genio en el abismo, aguardando los efectos del tiempo para renovar sus apariciones.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

DEFECTO DE MI CARÁCTER.

Jamás se habían interrumpido mis relaciones con Mr. de Boffe para el *Ensayo sobre las Revoluciones*, y me interesaba avivarlas en Londres para sostener mi vida material. Pero ¿de dónde procedía mi última desgracia? De mi obstinación en callar. Para comprender esto es preciso hablar de mi carácter.

En ningún tiempo me ha sido posible vencer este espíritu de abstracción y soledad interior que me impide hablar de lo que me atañe. Nadie podría afirmar que he referido lo que la mayor parte de las gentes cuentan en un momento de dolor, de placer ó vanidad. Un nombre, una confesión no sale, ó sale rara vez de mi boca. No comunico á nadie mis intereses, mis proyectos, mis trabajos, mis ideas, mis penas, mis placeres, persuadido del fastidio que se causa á los demás hablándoles de sí. Sincero y verídico, carezco de la espontaneidad del corazón; mi alma tiende siempre á cerrarse, yo no digo jamás una cosa completamente, y yo no he dicho mi vida mas que en estas *Memorias*. Si intento comenzar una narración, me asalta la idea de ser prolijo; á las cuatro palabras se apaga mi voz, y me callo. Como no creo en nada, excepto en religión, desconfío de todo; la malevolencia y la denigración son dos caracteres del espíritu francés; la burla y la calumnia el resultado seguro de una confianza.

¿Y qué he conseguido con mi reserva? Hacerme un ser fantástico que no tiene ninguna relación con

mi realidad. Mis amigos mismos me juzgan mal creyendo conocerme y embelleciendo mis ilusiones con su adhesión. Todas las medianías de antenas, de oficinas, de periódicos y cafés, me han supuesto ambicioso, y no lo he sido. Frio y seco en la vida común, no soy entusiasta ni sentimental; mi percepción distinta y rápida profundiza pronto el hecho y el hombre, y los despoja de toda importancia. Lejos de arrastrarme, de idealizar las verdades aplicables, mi imaginación achica los mayores sucesos; el lado pequeño y ridículo de los objetos se me presenta en primer término; grandes genios y grandes cosas, nada existe á mis ojos. Político, admirador, y elogiando las suficiencias que se proclaman inteligencias superiores, mi desprecio oculto ríe, y coloca en todas esas caras incensadas máscaras de Callot. En política, el calor de mis opiniones no ha excedido á la extensión de mis discursos ó folletos. En la existencia interior y teórica soy el hombre de los sueños: en la exterior y práctica, el hombre de la realidad. Aventurero y ordenado, apasionado y metódico, no ha habido jamás ser mas quimérico y mas positivo que yo, mas ardiente ni mas helado; mezcla extraña, engendro de las sangres diversas de mi padre y de mi madre.

Los retratos que se han hecho de mí, fuera de mi semejanza, son debidos á la reticencia de mis palabras principalmente. La multitud es demasiado ligera y distraída para tomarse el trabajo de ver á los individuos tal como son. Cuando he querido por casualidad rectificar alguno de estos juicios falsos en mis prefacios, no se me ha creído. Por último, siéndome todo indiferente, yo no insistía; un *como gustéis* me ha librado siempre del fastidio de persuadir á nadie, ó de restablecer una verdad. Entro en mi foro interno, como una liebre en su cama: allí me pongo á contemplar la hoja que oscila ó la yerba que se dobla.

No me formo una virtud de mi circunspección tan invencible como involuntaria; si no es una falsedad, lo parece; no está en armonía con las naturalezas mas dichosas, mas amables, mas fáciles, mas sencillas, mas abundantes, mas comunicativas que la mía. Continuamente me ha perjudicado en los sentimientos y en los negocios, porque no he podido sufrir jamás las explicaciones, las protestas y aclaraciones, las lamentaciones y las lágrimas, palabrería y reproches, detalles y apologías.

En el caso de la familia de Ives, este obstinado silencio mío, con respecto á mí, me fue muy fatal. Veinte veces me había preguntado la madre de Carlota de mi familia, y me puso en el camino de las revelaciones. No previendo donde me llevaba mi mutismo, me contenté, como de costumbre, con responder alguno palabras vagas y breves.

Si no me afectara este odioso síntoma, porque el desprecio me es imposible, yo no hubiera tenido este aire de querer defraudar la mas generosa hospitalidad; no me disculpaba la verdad dicha en un momento decisivo, porque se había causado ya un mal positivo.

Volví á ocuparme de mis tareas en medio de mis pesares y de los reproches que yo mismo me hacía. Me adhería al trabajo, porque juzgaba que adquiriendo renombre haría que la familia Ives se arrepentiría menos del interés que me había mostrado. Carlota, con quien yo quería reconciliarme por medio de la gloria, presidía mis estudios. Su imagen estaba sentada delante de mí mientras yo escribía. Cuando levantaba la vista del papel, la dirigía á la imagen adorada, como si efectivamente estuviera allí: los habitantes de la isla de Ceilan vieron una mañana al astro del día que se levantaba con una pompa extraordinaria; su globo se abrió, y salió de él una brillante criatura, que dijo á los ceilaneses:—«Yo ven-

go a reinar sobre vosotros.» Carlota, nacida de un rayo de luz reinaba en mí.

Abandonemos otros recuerdos; los recuerdos envejecen y se borran como las esperanzas. Mi vida va á cambiar, va á deslizarse, bajo otros cielos, en otros valles. ¡Primer amor de mi juventud, tú huyes con tus encantos! Vuelvo de ver á Carlota, es cierto: ¿pero cuántos años después la he visto? ¡Dulce luz de lo pasado, pálida rosa del crepúsculo que borda la noche, cuando el sol se ha ido al Occidente!

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

EL ENSAYO HISTÓRICO SOBRE LAS REVOLUCIONES.—SU EFECTO.—CARTA DE LEMIERE, SOBRINO DEL POETA.

Muchas veces se ha comparado la vida á una montaña; por un lado se sube y por otro se baja; sería comparable también á un Alpe de cima pelada, cubierto de hielo y sin reverso. Siguiendo esta imagen, el viajero sube siempre y no baja jamás: entonces ve el espacio que ha recorrido, los senderos fáciles que no ha pisado, y ve con pena y dolor el punto donde comenzó á extraviarse. Yo marco así en la publicación del *Ensayo histórico* el primer paso que me apartó del camino de la paz. Acabé la primera parte del gran trabajo que me había trazado; escribí la última palabra entre la idea de la muerte (porque estaba enfermo) y una ilusión desvanecida: *in somnis venit imago conjugis*. Impreso por Baylie, apareció en casa de Debole en 1797. Esta fecha es una de las transformaciones de mi vida. Hay momentos en que nuestro destino, sea que ceda á la sociedad, ó que obedezca á la naturaleza, se separa repentinamente de la línea primera, como un río que cambia de curso por una inflexión súbita.

El *Ensayo* es el compendio de mi existencia, como poeta, moralista, publicista y político. Inútil es decir que yo esperaba buen éxito de mi obra; nosotros los autores, pequeños prodigios de una era prodigiosa, pretendemos mantener relaciones con las razas futuras, ignorando, á mi parecer, su destino. Cuando la tumba nos trague, la muerte helará nuestras palabras cantadas ó escritas, de tal modo, que no se fundirán como las palabras heladas de Rabelais.

El *Ensayo* debía ser una especie de enciclopedia histórica. El único volumen publicado es ya una grande investigación; yo tenía manuscrita la continuación: después seguían, con las anotaciones del analista, las leyes y poesías antiguas del poeta, los Natchez, etc. Apenas comprendo yo hoy cómo he podido entregarme á estudios tan considerables en medio de una vida activa, errante y sujeta á tantos reveses. Mi terquedad explica esta fecundidad; en mi juventud he escrito doce y quince horas seguidas, enmendando diez veces la misma página. La edad no me ha rebajado esta facultad de aplicación; hoy mis correspondencias diplomáticas, hechas por mi mano, no interrumpen mis composiciones literarias.

El *Ensayo* hizo ruido entre la emigración; contrariaba los sentimientos de mis compañeros de infortunio; mi independencia en mis diferentes posiciones sociales ha ofendido casi siempre á los hombres con quien estaba unido. Sucesivamente he sido jefe de ejércitos diferentes, cuyos soldados no eran de mi partido: yo he conducido á los viejos realistas á la conquista de las libertades públicas, y sobre todo de la libertad de imprenta, que ellos detestaban; he reunido á los liberales en nombre de esta misma libertad bajo el estandarte de los Borbones que ellos aborrecían. Sucedió que la opinión emigrada se adhirió por amor propio á mi persona; las *Revistas inglesas*, habiendo hablado de mí con elogio, la alabanza recayó en todo el cuerpo de los *feles*.

Yo había dirigido ejemplares del *Ensayo* á Laharpe, Guinguené y Sales. Lemiere, sobrino del poeta de su nombre, y traductor de las poesías de Gray, me escribió desde París, el 13 de julio de 1797, que mi obra había tenido el mayor éxito. Es cierto que si el *Ensayo* fue un momento conocido, casi en seguida fue olvidado: una sombra súbita cubrió el primer rayo de mi gloria.

Habiéndome hecho casi un personaje, la alta emigración me buscó en Londres. Yo anduve de calle en calle; dejé primero Holborn-Tottenham-Cour-road, y avancé hasta el camino de Hamstead. Allí me estacioné algunos meses en casa de Mad. O'Larry, viuda irlandesa, madre de una niña muy hermosa de catorce años, enamorada tiernamente de sus gatos. Ligados por esta conformidad de pasión, tuvimos la desgracia de perder dos elegantes michitos, blancos como armiños, con la punta del rabo negra.

A casa de Mad. O'Larry venían vecinas antiguas, con las que me veía precisado á tomar el té. Mad. Stael ha pintado esta escena en Corinna en casa de Lady Edgermond:—«Querida mía, ¿creéis que el agua hierve bastante para ponerle el té?—Querida, yo creo que es muy pronto.»

Venia á estas veladas una muy hermosa joven irlandesa, María Neale, bajo el cuidado de un tutor. Ella hallaba en el fondo de mi mirada alguna herida, porque me decía:—«Llevais vuestro corazón vendado.» Yo lo tenía no sé cómo.

Mad. O'Larry partió para Dublin; entonces alejándome del cantón de la colonia de la pobre emigración del Este, llegué de casa en casa hasta el cuartel de la rica emigración del Oeste, entre los obispos, las familias de la corte y los colonos de la Martinica.

Pelletier había vuelto, se había casado: siempre hablador, malgastando sus cortesías, y frecuentando el bolsillo de sus amigos mas que el suyo propio.

Yo hice muchos conocimientos nuevos; sobre todo en la sociedad donde tenía relaciones de familia; Lamoignon, herido gravemente en la batalla de Quiberon, y hoy mi colega en la cámara de los pares, se hizo mi amigo. El me presentó á Mad. Lindsay, afecta á Augusto de Lamoignon, su hermano: el presidente Guillaume no era contemplado por la fortuna en Basville, entre Boileau, Mad. de Sevigné y Bourdaloue.

Mad. Lindsay, irlandesa de origen, de un espíritu áspero, de un humor un poco mudable, de talle elegante, de agradable figura, tenía nobleza de alma y elevación de carácter: los emigrados de mérito pasaban la noche en el hogar de la última Ninon. La vieja monarquía perecía con todos sus abusos y todas sus gracias. Algun día se la desenterrará, como estos esqueletos de reinas, adornados de collares, de brazaletes y pendientes, que se exhuman en Etruria. En esta reunión hallé á Mr. Malouet y Mad. de Belloy, mujer digna de aprecio, el conde de Montboisier y el caballero Panat. Este último tenía una reputación merecida de talento, de poco aseado y gastrónomo; pertenecía á este parterre de hombres de gusto, sentados antes con los brazos cruzados ante la sociedad francesa; ociosos, cuya misión era verlo todo, y juzgar de todo, ejercían las funciones que ejercen hoy los periódicos, sin tener los medios, pero tambien sin conseguir su grande influencia en el pueblo.

Montboisier había quedado á caballo sobre la fama de su alabada frase de la *crúz de madera*, frase un poco mordida por mí, cuando la he reproducido, pero cierta en el fondo. Dejando la Francia, se dirigió á Coblenza; mal recibido por los príncipes; tuvo una disputa, se batió por la noche á la orilla del Rhin, y fue herido. No viendo gota, y no pudiendo removerse, preguntó á los padrinos si la punta de la espada salía por el lado opuesto:—«Tres pulgadas, le dijeron.—Entonces no es nada, dijo Montboisier: retirad vuestra estocada, caballero.»

Montboisier, acogido por su realismo, pasó á Inglaterra, y se refugió en las letras, gran hospital de emigrados, donde yo tenía una cama al lado de la suya. El obtuvo la redacción del *Correo Francés*. Además de su periódico, escribía obras físico-político-filosóficas; en una de ellas probaba que el azul era el color de la vida, por la razón de que las venas azulean después de la muerte, viniendo á la superficie del cuerpo para evaporarse y volver al cielo azul. Como yo gustaba mucho de lo azul, estaba encantado.

Feudalmente liberal, aristócrata y demócrata, cabeza abigarrada, hecha de piezas y fragmentos, Montboisier concibe con dificultad de ideas disparadas pero si llega á expresarlas, alguna vez son bellas, sobre todo enérgicas: antiteocrático como noble, cristiano por sofisma y como amante de los siglos antiguos, hubiese sido, bajo el paganismo, ardiente partidario de la independencia en teoría y de la esclavitud en la práctica, permitiendo aherrojar al esclavo en nombre de la libertad del género humano. Interruptor inoportuno, egoista seco, el antiguo diputado se permite sin embargo condescendencias con el poder; sabe conciliar sus intereses, pero no sufre que se lo noten, y encubre sus debilidades de hombre con su honor de caballero. No quiero decir mal de mi famoso *Averniano*, con sus romances de *El Monte de Oro*, y su polémica de la *Llanura*; yo gusto de su persona heteróclita. Sus largas y oscuras explicaciones y confusas ideas, con paréntesis y exclamaciones de ¡oh! ¡oh! me fastidian (lo tenebroso, lo embrollado, lo vaporoso, me es abominable); pero, por otra parte, me divierte este naturalista de los volcanes, este orador de montañas que perora en la tribuna, como cantan sus compatriotas en lo alto de una chimenea; yo quiero este gacetero de hornagueras; este liberal, explicando la carta al traves de una ventana gótica; este señor pastor, casi casado con su zagala, sembrando él mismo su cebada entre la nieve en su campo guijaroso; yo le agradeceré siempre el que me haya consagrado una antigua roca negra, tomada de un cementerio de los Gaulas, descubierto por él.

El abate Delille, otro compatriota de Sidonio Apolinar, del canceller de L'Hopital, de Lafayette, de Thomas, de Ghamfort, arrojado por el desbordamiento de las victorias republicanas, había venido á establecerse á Londres. La emigración lo contaba con orgullo en sus filas; él cantaba nuestras desgracias: razón mas para amar su musa. Trabajaba mucho; lo necesitaba, porque Mad. Delille lo encerraba, y no le dejaba salir hasta que había ganado su jornal con cierto número de versos. Un día había ido yo á su casa; se hizo esperar, y apareció después con el rostro encendido; se supone que Mad. Delille le daba de bofetadas; yo no lo sé; digo lo que he visto.

¿Quién no ha oído al abate Delille recitar sus versos? Los decía muy bien; su figura flaca, ajada, animada por su imaginación, se hermanaba muy bien con la naturaleza coqueta de su expedición, con el carácter de su talento y su profesión de abate. La obra maestra del abate Delille es su traducción de las *Geórgicas*, con fragmentos casi de sentimiento; pero es como si leyérais á Racine en la lengua de Luis XV.

La literatura del siglo xviii salva algunos bellos genios que la dominan: esta literatura, colocada entre la clásica del siglo xvii y la romántica del xix, sin carecer de naturalidad, carece de naturaleza; entregada á combinaciones de palabras, no es ni bastante pura, como escuela antigua. El abate Delille era el poeta de los castillos modernos, como el trovador era el poeta de los castillos antiguos: los versos del uno, las baladas del otro, hacen conocer la diferencia que existía entre la aristocracia en la fuerza de su juventud, y la aristocracia decrepita; el abate pinta lecturas y juegos de ajedrez, y los trovadores cantaban cruzadas y torneos.

Los personajes distinguidos de nuestra iglesia militante se hallaban entonces en Inglaterra. El abate Caron, de quien ya os he hablado, tomándole la vida de mi hermana Julia; el obispo de Saint-Pol-de-Leon, prelado severo que contribuía á hacer al señor conde de Artois cada vez mas extraño á su siglo; el arzobispo de Aix, calumniado quizá á causa de sus triunfos en el mundo; otro obispo sabio y piadoso, pero de tal avaricia, que si hubiera perdido su alma no la hubiera rescatado por dinero. Casi todos los avaros son gentes de talento; preciso es que sea yo muy bestia.

Entre las francesas del Oeste se contaba madama de Boignes, amable, espiritual, llena de talento, muy bonita, y la mas jóven de todas; ella ha representado después con su padre, el marqués de Osmond, á la corte de Francia en Inglaterra, mucho mejor que lo ha hecho mi incivilidad. Ahora es escritora, y con su disposición reproducirá maravillosamente lo que ella ha visto.

Las Señoras de Caumont, de Gontant y de Cluzel habitaban también el cuartel de las felicidades desterradas, si no confundo á las Sras. de Caumont y de Cluzel, á quienes yo había medio visto en Bruselas.

Ciertamente que se hallaba en esta época la duquesa de Duras en Londres; yo no debía conocerla hasta diez años después. ¡Cuántas veces se pasa en la vida al lado de quien haría nuestras delicias, como el navegante cruza las aguas de una tierra favorecida por el cielo, de quien solo lo separa un horizonte y un día de vela! Yo escribo esto á la orilla del Támesis, y mañana irá una carta por el correo á decir á Mad. Duras, á las orillas del Sena, que he hallado su primer recuerdo.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FONTANES.—CLERY.

De tiempo en tiempo nos enviaba la revolución emigrados de nueva especie y opiniones nuevas; se formaban diferentes engendros de desterrados; la tierra contiene camas de arena ó de arcilla, depuestas por las olas del diluvio: una de estas olas me trajo un hombre, cuya pérdida deploro hoy; un hombre, que fue mi director en las letras, y cuya amistad ha sido una de las honras y uno de los consuelos de mi vida.

Ya he dicho en estas *Memorias* que había conocido á Mr. de Fontanes en 1789: en Berlin supe el año pasado que había muerto. Había nacido en Niort, de una familia noble y protestante: su padre había tenido la desgracia de matar en duelo á su cuñado. El jóven Fontanes, educado por un hermano de mucho mérito, vino á Paris, vió morir á Voltaire, y este gran representante del siglo xviii le inspiró sus primeros versos; sus ensayos poéticos fueron revisados por Laharpe. Emprendió algunos trabajos para el teatro, y se relacionó íntimamente con una actriz encantadora, la señorita Desgarcins. Alojado junto al Odeon, errante alrededor de la Cartuja, celebró su soledad. Había hallado á un amigo destinado á serlo mio, á Mr. Joubert. Cuando llegó la revolución, el poeta se afilió en uno de estos partidos estacionarios que mueren siempre destrozados, por el partido del progreso, que los arrastra hácia adelante, y el retrógrado, que los arrastra hácia atrás. Los monárquicos pusieron á Fontanes en la redacción del *Moderador*. Cuando la tempestad arreció, se refugió á Lyon, y se casó allí. Su mujer dió á luz un niño; durante el sitio de la ciudad, que los revolucionarios habían llamado *Municipalidad emancipada*, del mismo modo que Luis XI, al desterrar á los ciudadanos, había llamado á Arras *Ciudad asilo*, Mad. de Fontanes se veía obligada á cambiar de lugar la cuna de su hijo para ponerlo al abrigo de las bombas. Vuelto á Paris en 9 de termidor, Fontanes fundó el *Memorial*

con Laharpe y el abate de Vauxelles. Proscripto el 18 de fructidor, la Inglaterra fue su puerto de salvación.

Mr. Fontanes ha sido, con Chenier, el último escritor de la escuela clásica de la rama mayor; sus versos y su prosa se parecen, y tienen un mérito de la misma naturaleza. Sus pensamientos y sus imágenes tienen una melancolía desconocida del siglo de Luis XIV, que conocía solamente la austera y santa tristeza de la elocuencia religiosa. Esta melancolía se encuentra mezclada en las obras del cantor del *Día de difuntos*, como el sello de la época en que ha vivido; ella fija la fecha de su vida; ella demuestra que ha nacido después de J. J. Rousseau, y que ha tenido por modelo á Fenelon. Si se redujesen los escritos de Fontanes á dos volúmenes muy pequeños, el uno en prosa y el otro en verso, sería este el monumento fúnebre mas elegante que pudiera levantarse en la tumba de la escuela clásica.

Entre los papeles que ha dejado mi amigo, se encuentran muchos cantos del poema de la *Grecia salvada*, libros de odas, poesías diversas, etc. Por sí mismo no hubiera publicado nada, porque este crítico, tan delicado, tan entendido é imparcial, cuando no lo cegaban sus opiniones políticas, tenía un miedo horrible á la crítica. Ha sido muy injusto con Mad. Stael. Un artículo envidioso de Garat sobre la *Foret de Navarre* estuvo á punto de detenerlo en su carrera poética. Al aparecer Fontanes mató la escuela afectada de Dorat; pero no pudo restablecer la escuela clásica, que tacaba á su término con la lengua de Racine.

Entre las odas póstumas de Fontanes hay una al *Aniversario de su nacimiento*; tiene todo el encanto del *Día de difuntos*, con un sentimiento mas penetrante y mas individual. No me acuerdo mas que de estas dos estrofas:

La vieillesse deja vient avec ses souffrances
que m'offre l'avenir? de courtes esperances,
que m'offre le passé? des fautes, des regrets.
Tel est le sort de l'homme, il s'instruit avec l'age;
mais que sert d'être sage,
quand le terme est si pres?

Le passé, le present, l'avenir, tout m'afflige;
la vie a son declin est pour moi sans prestige,
dans le miroir du temp elle perd ses appas.
Plaisirs! allez chercher l'amour et la jeunesse,
laissez moi ma tristesse,
Et ne l'insultez pas!

»Ya se acerca la vejez con sus padecimientos. Brebes son ya las esperanzas que el porvenir me ofrece y en lo pasado no veo mas que faltas y motivos de arrepentimiento. Tal es la suerte del hombre: adquiera instrucción con la edad. ¿Mas de qué sirve la ciencia cuando uno se halla ya tan cercano á su fin?

»Lo pasado, lo presente y el porvenir se adunan en mi daño: no encuentro encanto en la vida que toca en su ocaso; el tiempo la despoja de todas sus ilusiones. Id, placeres, id á halagar al amor y á la juventud. Dejarme á mí con mi tristeza y no me insulteis.

Si alguna cosa en el mundo debía ser antipática á Fontanes, era mi manera de escribir. En mí comenzaba, con la escuela llamada *romántica*, una revolución en la literatura francesa; sin embargo, mi amigo, en vez de irritarse con mi barbarie, se apasionó de ella. Yo veía el aturdimiento en su semblante cuando le leía trozos de los *Natches*, de *Atala* y de *René*: no podía traer estas producciones á las reglas comunes de la crítica; pero conocía que entraba en un mundo nuevo; veía una nueva naturaleza; comprendía una lengua que él no hablaba. Yo recibí de él excelentes consejos; yo le debo la corrección de mi estilo; él me enseñó á respetar el oído; él me impidió que cayera en la extravagancia de invención y lo escabroso de ejecución de mis discípulos.

Fue para mí una felicidad grande volverlo á ver en Londres, obsequiado por la emigración: se le pedían

cantos de la *Grecia salvada*, y se oían con el mayor interés. Se alojó cerca de mí; ya no nos separamos. Asistimos juntos á una escena digna de estos tiempos de infortunio. Clery, que había desembarcado hacia poco, nos leyó sus *Memorias* manuscritas. Que se juzgue de la emoción de un auditorio de desterrados oyendo la relación de los padecimientos y la muerte del prisionero del Temple, hecha por el ayuda de cámara de Luis XVI, como testigo ocular. El Directorio, asustado por las *Memorias* de Clery, publicó otra edición interpolada, en que hacia hablar al autor como un lacayo y á Luis XVI como á un ganapan: entre las torpezas revolucionarias esta es quizá una de las mas sucias.

UN PAISANO VANDEANO.

Mr. Theil, encargado de negocios de Mr. el conde de Artois, en Londres, se había apresurado á buscar á Fontanes; este me rogó que lo llevara á casa del agente de los príncipes. Lo encontramos rodeado de todos aquellos defensores del trono y del altar, que vagabundeaban en Piccadilly, de una multitud de espías, y de caballeros de industria, escapados de Paris con nombres supuestos y trajes diferentes, y de una nube de aventureros belgas, alemanes é irlandeses, vendedores de contrarrevolución. A un lado de esta multitud había un hombre de treinta á treinta y dos años, en quien nadie reparaba, y que á su vez no se ocupaba mas que de ver un grabado de la muerte del general Wolf. Me llamó la atención su aire, y pregunté quién era: — «No es nadie; es un paisano vandeano, portador de una carta de sus gefes.»

Este hombre, que no era nadie, había visto morir á Cathelineau, primer general de la Vandée, y paisano como él; á Bonchamp, en quien revivía Bayardo; Lescure, armado de un cilicio que no estaba hecho á prueba de bala; Elbée, fusilado en una silla, porque sus heridas no le permitían abrazar la muerte en pie; Larochejaquelein, cuyo cadáver mandaron *identificar* los patriotas, á fin de tranquilizar á la Convención en medio de sus victorias. Este hombre, que no era nadie, había asistido á la toma y pérdida de doscientas plazas, ciudades, pueblos y reductos; á setecientas acciones particulares; á diez y siete batallas campales; se había batido contra trescientos mil hombres de tropas disciplinadas, seis á setecientos mil movilizados y guardias nacionales; había ayudado á tomar cien piezas de cañón y cincuenta mil fusiles; había atravesado las *columnas infernales* compañías de incendiarios, mandadas por convencionales; se había hallado en medio del Océano de fuego que entres ocasiones extendió sus olas por los bosques de la Vandée; finalmente, había visto perecer trescientos mil Hércules de arado compañeros de sus trabajos, y convertirse en un desierto de cenizas cien leguas cuadradas de un país fértil.

Las dos Francias se encontraron en este sueloni velado por ellas. Todo lo que había en Francia de la sangre y los recuerdos de las cruzadas, luchó contra la nueva sangre y las esperanzas de la Francia revolucionaria. El vencedor sintió la grandeza del vencido. Thureau, general de los republicanos, decía: «que los vandeanos serian colocados en la historia en la primera fila de los pueblos militares.» Las legiones de Probo decían otro tanto de nuestros padres en sus canciones. Bonaparte llamó los combates de la Vandée *combates de gigantes*.

En aquella algarabía yo era el único que consideraba con admiración y respeto al representante de estos antiguos *Jacques*, que rompiendo el yugo de sus señores rechazaban, bajo Carlos V, la invasión extranjera; me parecía ver un hijo de aquellos municipios del tiempo de Carlos VII, que, con la pequeña nobleza